

Canción, al sol volaste; 170
 la frágil cera en que tu pluma asiste,
 de sus ardientes rayos coronaste,
 mas cuando está eclipsado te atreviste,
 y cuando abraze tanto,
 por lo menos caerás en mar de llanto. 175

[145]

A LA MUERTE DE CARLOS FÉLIX

Este de mis entrañas dulce fruto,
 con vuestra bendición, ¡oh Rey eterno!,
 ofrezco humildemente a vuestras aras;
 que si es de todos el mejor tributo
 un puro corazón humilde y tierno, 5
 y el más precioso de las prendas caras,
 no las aromas raras
 entre olores fenicios
 y licores sabeos,
 os rinden mis deseos, 10
 por menos olorosos sacrificios,
 sino mi corazón, que Carlos era:
 que en el que me quedó, menos os diera.

Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
 ninguna cosa os doy, y que querría 15
 hacer virtud necesidad tan fuerte,
 y que no es lo que siento lo que muestro,
 pues anima su cuerpo el alma mía,
 y se divide entre los dos la muerte.
 Confieso que de suerte 20
 vive a la suya asida,
 que cuanto a la vil tierra,
 que el ser mortal encierra,
 tuviera más contento de su vida,
 mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo 25
 que lo que pierdo yo me gane el Cielo?

Póstrese nuestra vil naturaleza
 a vuestra voluntad, imperio sumo,
 autor de nuestro límite, Dios santo;
 no repugne jamás nuestra bajeza, 30
 sueño de sombra, polvo, viento y humo,
 a lo que Vos queréis, que podéis tanto;
 afréntese del llanto
 injusto, aunque forzoso,
 aquella inferior parte 35
 que a la sangre reparte
 materia de dolor tan lastimoso,
 porque donde es inmensa la distancia,
 como no hay proporción no hay repugnancia.

Quiera yo lo que Vos, pues no es posible 40
 no ser lo que queréis, que no queriendo,
 saco mi daño a vuestra ofensa junto;
 justísimo sois Vos; es imposible
 dejar de ser error lo que pretendo,
 pues es mi nada indivisible punto. 45
 Si a los cielos pregunto
 vuestra circunferencia
 inmensa, incircunscrita,
 pues que sólo os limita
 con margen de piedad vuestra clemencia, 50
 ¡oh guarda de los hombres!, yo ¿qué puedo
 adonde tiembla el serafín de miedo?

Amábaos yo, Señor, luego que abristeis
 mis ojos a la luz de conoceros,
 y regalome el resplandor suave. 55
 Carlos fue tierra; eclipse padecisteis,
 divino Sol, pues me quitaba el veros,
 opuesto como nube densa y grave.
 Gobernaba la nave
 de mi vida aquel viento 60
 de vuestro auxilio santo
 por el mar de mi llanto

al puerto del eterno salvamento,
y cosa indigna, navegando, fuera
que rémora tan vil me detuviera. 65

¡Oh, cómo justo fue que no tuviese
mi alma impedimentos para amaros,
pues ya por culpas propias me detengo!
¡Oh cómo justo fue que os ofreciese
este cordero yo para obligaros, 70
sin ser Abel, aunque envidiosos tengo!

Tanto, que a serlo vengo
yo mismo de mí mismo,
pues ocasión como ésta
en un alma dispuesta 75
la pudiera poner en el abismo
de la obediencia, que os agrada tanto,
cuanto por loco amor ofende el llanto.

¡Oh, quién como aquel Padre de las Gentes,
el hijo solo en sacrificio os diera, 80
y los filos al cielo levantara!,
no para que con alas diligentes,
ministro celestial los detuviera,
y el golpe al corderillo trasladara,

mas porque calentara 85
de rojo humor la peña,
y en vez de aquel cordero,
por quien corrió el acero,
y cuya sangre humedeció la leña,
muriera el ángel y, trocando estilo,

en mis entrañas comenzara el filo. 90

Y vos, dichoso niño, que en siete años
que tuvisteis de vida, no tuvistes
con vuestro padre inobediencia alguna,
corred con vuestro ejemplo mis engaños, 95
serenad mis paternos ojos tristes,
pues ya sois Sol, donde pisáis la Luna;
de la primera cuna

a la postrera cama
 no disteis sola un hora 100
 de disgusto, y agora
 parece que le dais, si así se llama
 lo que es pena y dolor de parte nuestra,
 pues no es la culpa, aunque es la causa, vuestra.

 Cuando tan santo os vi, cuando tan cuerdo, 105
 conocí la vejez que os inclinaba
 a los fríos umbrales de la muerte,
 luego lloré lo que ahora gano y pierdo,
 y luego dije: «Aquí la edad acaba,
 porque nunca comienza de esta suerte». 110
 ¿Quién vio rigor tan fuerte,
 y de razón ajeno,
 temer por bueno y santo
 lo que se amaba tanto?
 Mas no os temiera yo por santo y bueno, 115
 si no pensara el fin que prometía
 quien sin el curso natural vivía.

 Yo para vos los pajarillos nuevos,
 diversos en el canto y las colores,
 encerraba, gozoso de alegraros; 120
 yo plantaba los fértiles renuevos
 de los árboles verdes, yo las flores,
 en quien mejor pudiera contemplaros,
 pues a los aires claros
 del alba hermosa apenas 125
 salisteis, Carlos mío,
 bañado de rocío,
 cuando marchitas las doradas venas,
 el blanco lirio convertido en hielo,
 cayó en la tierra aunque traspuesto al Cielo. 130

 ¡Oh, qué divinos pájaros agora,
 Carlos, gozáis, que con pintadas alas
 discurren por los campos celestiales

en el jardín eterno, que atesora
 por cuadros ricos de doradas salas 135
 más hermosos jacintos orientales,
 adonde a los mortales
 ojos la luz excede!
 ¡Dichoso yo, que os veo
 donde está mi deseo, 140
 y donde no tocó pesar, ni puede:
 que sólo con el bien de tal memoria
 toda la pena me trocáis en gloria!

¿Qué me importara a mí que os viera puesto
 a la sombra de un príncipe en la tierra, 145
 pues Dios maldice a quien en ellos fía,
 ni aun ser el mismo príncipe compuesto
 de aquel metal del sol, del mundo guerra,
 que tantas vidas consumir porfía?
 La breve tiranía, 150
 la mortal hermosura,
 la ambición de los hombres
 con títulos y nombres,
 que la lisonja idolatrar procura,
 al expirar la vida, ¿en qué se vuelven, 155
 si al fin en el principio se resuelven?

Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora
 vais a vivir con Dios eternamente
 y a gozar de la patria soberana,
 ¡cuán lejos, Carlos venturoso, agora 160
 de la impiedad de la ignorante gente
 y los sucesos de la vida humana,
 sin noche, sin mañana,
 sin vejez siempre enferma,
 que hasta el sueño fastidia, 165
 sin que la fiera Envidia
 de la virtud a los umbrales duerma,
 del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
 donde cierran la puerta a la esperanza!

La inteligencia que los orbes mueve 170
 a la celeste máquina divina
 dará mil tornos con su hermosa mano,
 fuego el León, el Sagitario nieve;
 y vos, mirando aquella Esencia Trina,
 ni pasaréis invierno ni verano, 175
 y desde el soberano
 lugar que os ha cabido,
 los bellísimos ojos,
 paces de mis enojos,
 humillaréis a vuestro patrio nido; 180
 y si mi llanto vuestra luz divisa,
 los dos claveles bañaréis en risa.

Yo os di la mejor patria que yo pude
 para nacer y agora, en vuestra muerte,
 entre santos dichosa sepultura, 185
 resta que vos roguéis a Dios que mude
 mi sentimiento en gozo, de tal suerte
 que, a pesar de la sangre que procura
 cubrir de noche oscura
 la luz de esta memoria, 190
 viváis vos en la mía:
 que espero que algún día
 la que me da dolor me dará gloria,
 viendo al partir de aquesta tierra ajena,
 que no quedáis adonde todo es pena. 195

[146]

AL PADRE MAESTRO FRAY PONCIANO
BASURTO

CANCIÓN

De agricultor villano
 detenido el arroyo diligente,
 que acumulaba en vano

céspedes pardos a su pie inocente,
venciendo el flaco muro, 5
cobró su margen y corrió más puro.

Puso mano enemiga
a la pintada pluma del silguero
laberintos de liga,
mas, libre al viento y del injusto acero 10
que le detuvo un año,
vengose del silencio y del engaño.

Sobrevino a la nave,
cargada de preciosas margaritas,
la tormenta más grave 15
de cuantas fueron de la mar escritas,
mas luego, puesta en sueño,
dio puerto a la esperanza y patria al dueño.

El cautivo que oprime
yugo africano y bárbara cadena, 20
llanto en el cielo imprime,
y anocheciendo en su desierta arena,
ya con el grillo roto
amanece en España y cumple el voto.

Con el verde garlito 25
de juncos intrincados fabricado,
en su mismo distrito,
toda la noche estuvo el pez turbado;
al alba halló salida:
cortó las aguas y libró la vida. 30

En medio del camino
amenazan relámpagos y truenos
al solo peregrino,
mas sale el sol por círculos serenos,
y viéndole sin luto, 35
sacude la esclavina y queda enjuto.

El griego caminante
 que de la rota nave el mar recibe
 en el delfín Atlante,
 de su pequeño mundo sale y vive: 40
 que aun el mar se enternece
 de quien le cuenta el mal que no merece.

Canción, dile a Ponciano
 que, pues le hizo en este buen suceso
 el Cielo soberano 45
 fuente, ave, nave, peregrino, preso,
 pez libre y navegante,
 corra, vuele, camine, escriba y cante.

[147]

HABIENDO OÍDO PREDICAR AL ILUSTRÍSIMO
 SEÑOR DON BERNARDO DE ROJAS,
 ARZOBISPO DE TOLEDO, CUARTO DÍA DE NAVIDAD
 EN SU SANTA IGLESIA, LE ENVIÓ EL SERMÓN
 LOPE DE VEGA DE LA MISMA SUERTE
 QUE LE PREDICÓ SU SEÑORÍA ILUSTRÍSIMA,
 EN ESTOS VERSOS

Hízose carne la Palabra y vino
 a vivir con nosotros en el suelo:
 Juan, en el que cité lugar divino.

Pueblo cristiano, Dios os dé consuelo
 en cuerpo y alma y Pascuas y años tales, 5
 como en mis oraciones pido al Cielo.

Tenía san Jerónimo, entre iguales
 amigos, a Heliodoro, monje santo,
 ni en virtudes ni en letras desiguales;

y éste un sobrino, que estimaba tanto 10
 la dignidad sacerdotal, que quiso
 saber de él mismo por sus cartas cuánto.

Mas al tener de su respuesta aviso,
su vida en flor (su ejemplo nos advierte)
cortó la fiera muerte de improviso. 15

Sintiendo san Jerónimo su muerte,
como el amigo tiernamente debe,
a Heliodoro escribió de aquesta suerte:

«Grandes materias para ingenio breve
no es carga igual, forzando la flaqueza 20
que a más de lo que puede al fin se atreve.

»Cuanto es el caso de mayor alteza,
tanto más le derriba al que pretende
explicar con palabras su grandeza».

Pues si un Doctor tan celebrado entiende 25
que hablar de las virtudes de un mancebo
es cosa que al ingenio se defiende,

en un misterio tan profundo y nuevo,
¿cuánto más estaré confuso agora,
pues con fuerzas tan débiles me atrevo? 30

Si aquel que las riquezas atesora
de la lengua latina, hebrea y griega
y aun la caldaica, un joven muerto llora,

con tal recelo el que hoy a tratar llega
esta misericordia y rara hazaña, 35
en que a los hombres Hombre Dios se entrega,

¿qué temor no tendrá, si le acompaña
la indignidad, la insuficiencia mía?
¡Oh encogimiento, oh confusión extraña!

En la misericordia de este día, 40
dijo el Apóstol que se vio la gracia,
mas por antonomasia lo decía,

que en remediar del hombre la desgracia
con obra tan heroica y estupenda
se conoce su fuerza y eficacia. 45

Darse a sí mismo fue la mayor prenda;
bajó a la tierra, ¡oh soberano curso!,
que abrió en los Cielos a los hombres senda.

Cuando Rebeca supo que en su ocurso
Isaac venía, desatando el manto, 50
cubrió su rostro el virginal discurso,

pues quien advierte con respeto santo
que viene Dios en el ocurso suyo,
bien es que tema y que se encubra tanto.

De aquí, Señor, nuestra vergüenza arguyo; 55
¿qué haré si vienes al ocurso nuestro?
mi palio, ¿cuál será, si el Sol es tuyo?

¿Quién se puede atrever al rayo vuestro,
hermosas luces en tan alto día,
con la flaqueza que en miraros nuestro? 60

La tierra estaba estéril y vacía
hasta que vino el resplandor profundo,
que la llenó de paz y de alegría.

Vos érades, Señor, la Luz del mundo
(notad este lugar), Vos lo dijisteis, 65
que el primero fue sombra del segundo.

De las eternidades descendisteis;
a Vos la explicación del bien reservo,
que con la humanidad al hombre hicisteis.

Notad que toma Dios forma de siervo, 70
y donde pierde el serafín la vista,
la filial generación del Verbo.

Estaba, dice el santo Evangelista,
 en el principio con quien no le tiene,
 que es Dios, para que el Verbo al Padre asista. 75

La distinción de las personas viene
 a entenderse diciendo «el Verbo estaba
 cerca de Dios», y así con Dios conviene.

La unidad de la esencia declaraba
 en decir que era Dios el Verbo santo,
 que a Dios en el principio acompañaba. 80

Y este Verbo, que es Dios, amando tanto
 al hombre, hoy se ha humanado porque vea
 Rebeca a Isaac cubierta con su manto.

¿En quién, Señor, tan alto bien se emplea?, 85
 ¿por quién tomáis, Señor, del hombre el nombre
 y pretendéis que Dios el hombre sea?

Por el hombre, Señor. ¿Quién es el hombre?,
 ¿Adán qué significa?: Hijo del lodo,
 pues ¿cuál ángel habrá que no se asombre? 90

Jerónimo lo expone de este modo:
 en la inferior porción, que en la suprema
 se llama Enós, a quien se olvida todo.

Si es lodo en fin, que ha de ser polvo tema
 desde el que viste de sayal grosero,
 hasta el que ciñe la imperial diadema. 95

El fuerte, el flaco, el alto, el sabio, el fiero,
 el más hermoso, el rico, el más robusto
 es polvo, es lodo, como fue primero.

Llegado a nuestro bien el tiempo justo, 100
 de todo el orbe registrar la gente
 por su edicto mandó César Augusto.

Publicole Cirino, presidente
de Siria, y a escribirse iban dispuestos
cuantos mira el Jordán con blanca frente. 105

De la ciudad de Nazaret entre éstos
subió el santo José de Galilea,
y aquellos pies sobre la luna puestos,

a la ciudad famosa, que en Judea
ya no fue la menor, Belén divino, 110
por ser de la familia davidea.

Con él la esposa soberana vino;
vino preñada aquella Virgen bella
del mismo Dios: ¡qué celestial camino!

Obedeció el esposo y la doncella 115
santísima el edicto del romano:
tomad ejemplo de José y de ella.

Mirad cómo la lleva de la mano,
sin replicar al publicado edito,
y a Dios sujeto a ley como hombre humano. 120

¿Quién hay que por tan áspero distrito
mire a José, que al superior replique,
caminando a Belén a ser escrito?

Y permitid que en este punto aplique
la inobediencia que al mayor se tiene, 125
cuando su voluntad os signifique.

Cuando la ley de su consejo viene,
o la nueva pragmática, ¿qué excusa
de obedecer la obligación detiene?

No disputéis, que no es razón confusa, 130
el Rey es santo, su consejo es sabio:
¿en qué es leal quien al mayor recusa?

Tales varones no han de hacer agravio:
que su decreto obedezcáis, os ruego,
y no mováis contra su imperio el labio. 135

Lo que es de César, dadlo a César luego,
no repliquéis con desigual porfia:
Cristo lo aconsejaba al pueblo ciego.

Que hallase Pedro en aquel pez quería
la moneda y tributo justamente 140
pagada al rey, si al rey se le debía.

Y si lugar hubiera conveniente,
os dijera cuán poco obedecida
es la justicia aquí de alguna gente.

Mas, ¿cómo fue del Cielo permitida, 145
sin ser de Augusto César castigada
esta soberbia en el imperio o vida?

La gente de su ejército alistada
para saber el número que encierra,
marcial costumbre y arrogancia honrada, 150

los pertrechos, las máquinas de guerra
miró David, y enójase Dios tanto,
que por castigo le abrasó la tierra.

Pero no os cause aquesta duda espanto,
que como era David de Dios amigo, 155
hombre justo, ejemplar, humilde y santo,

quiere Dios que le den luego el castigo;
a César no, que lejos de Dios vive,
que dilata la pena a su enemigo.

Notad que en el Levítico se escribe 160
que el que maldice a Dios su culpa lleve,
y el blasfemar con muerte se prohíbe.

Orígenes pregunta si se debe
 mayor castigo al que a su Dios maldice,
 pero la solución se sigue en breve. 165

Porque de aquel que maldiciones dice,
 transfiere Dios a su lugar la pena,
 aunque la culpa agora escandalice.

Cuéntase el orbe, en fin, mas aunque suena
 el mundo esta palabra, no era el mundo, 170
 sino la parte que su imperio enfrena:

Judea y lo que abraza el mar profundo
 de Siria, palestinos e idumeos,
 del águila imperial nido segundo.

Así se dice allá en los *Macabeos* 175
 que a Alejandro temió toda la tierra,
 energía que ensalza sus trofeos.

Era, en efecto, lo que Siria encierra,
 sujeto por las armas al romano,
 y conservado en paz tras tanta guerra. 180

Pero vengamos ya, pueblo cristiano,
 a ver en un pesebre puesto al hielo
 al Niño hermoso, al Dios, al hombre humano.

Parió la Virgen al Señor del Cielo;
 envolvióle en pañales, mas no había 185
 otro lugar en el estrecho suelo.

En el pesebre humilde le tenía
 de suerte que hizo luego estas dos cosas,
 a que el lugar estrecho compelia.

Allí, Señor, las quejas lastimosas 190
 cesaron de los hombres, viéndoos hombre,
 fajadas ya las manos rigurosas.

Esa humildad, inmenso Dios, asombre
a quien deseo de mirar tenía
en carne al Dios de quien llamaba el nombre. 195

Si lloraba David la noche y día,
que «¿Dónde está tu Dios?», le preguntaban,
búsquele agora en brazos de María.

Si los hombres llorando se quejaban
que la mano de Dios era pesada, 200
cuando los golpes del rigor miraban,

y Job decía: «Lejos apartada
tu mano esté de mí»; y en otra parte:
«Tocome del Señor la mano airada»,

ya puedes de tus quejas sosegarte, 205
hombre, pues hombre tan humilde viene,
que para que no pueda castigarte,

las manos el Amor fajadas tiene,
que naciendo y muriendo te ha mostrado
que el amor que te tiene le detiene. 210

En el pesebre niño está fajado,
clavado está en la cruz, que en vida y muerte
amor le tiene de rendido atado.

Quejábanse los hombres que era fuerte
la voz de Dios, que hablando estremecía, 215
como Israel quejándose lo advierte.

«Tú con nosotros», —a Moisés decía—,
«puedes hablar, no Dios, que moriremos»,
tanto la voz del fuerte Dios temía.

Agora que en pesebre le tenemos, 220
sollozos son de niño puesto al hielo,
no voz de cuyo son nos espantemos.

Quejábanse que estaba sobre el Cielo
retirado en el Sol, y que no daba
audiencia al hombre en el distinto suelo. 225

Dióle la tierra al hombre, y él estaba,
dice David, en su celeste esfera,
que por milagro con el hombre hablaba.

Agora, ¿quién habrá que hablarle quiera,
que en el pesebre donde no hay cortina 230
de sol no llegue, pues temblando espera?

En efecto, la Virgen le reclina
en un pesebre humilde; hagamos alto
en tan tierna ocasión, Virgen divina.

¿Cómo está Dios en pobres paños, falto 235
de calor y defensa, ángeles bellos,
siendo el valor de vuestro ser tan alto?

Virgen, con vos lo hallamos y con ellos;
con ellos, que ayudaron los mortales,
cuando necesidad tuvieron de ellos. 240

Si son vuestro poder y fuerzas tales,
que aplicando lo activo a lo pasivo,
espíritus divinos celestiales,

podéis volcar de su lugar nativo,
como el Doctor Angélico lo escribe, 245
de su cimiento el monte más altivo,

¿cómo vuestro supremo Hacedor vive
a la inclemencia de las armas frías,
con que el invierno helado le recibe?

Si librasteis a Isaac, Lot y Tobías 250
del cuchillo, del fuego y pez, ¿qué intento
tenéis aquí, divinas Jerarquías?

Si después de tentado con sustento,
como dice Mateo, le servistes,
y cuando estaba a la oración atento, 255

entre las ansias y congojas tristes,
un ángel le aparece y le consuela,
¿cómo cuando nació no le acudistes?

De tantas casas el brocado y tela
que hay en Jerusalén, ¿de qué ha servido, 260
si en un pesebre el Hombre Dios se hiel?

Y vos, hermosa Virgen, en el nido
de vuestros pechos al querido Esposo
tenelle habéis al mundo prometido.

Y aun él pensaba reclinar gozoso 265
su cabeza divina en vuestra mano,
¿cómo del pecho le quitáis hermoso?

Pero, pónete allí, pueblo cristiano,
para que como en cátedra maestro,
te enseñe a lo que obliga el ser humano. 270

Dijo David: «Señor divino nuestro,
tu voluntad me enseña a hacer», y estaba
notablemente en el saberla diestro.

La fe que tanto en Abraham se alaba
sabía, y como a Job en la paciencia, 275
y a Isaac en la obediencia se imitaba.

Mas no quiso la fe ni la obediencia,
sino saber su voluntad y amalle,
porque es su voluntad la mejor ciencia.

Quería en los trabajos imitalle, 280
que viene a padecellos en persona,
para que el perseguido sufra y calle.

Porque sólo merece la corona
quien legítimamente pelear,
que sólo al vencedor se galardona. 285

Mas porque lo segundo se declare,
pónese allí para que el hombre llegue,
le tome, le reciba y de él se ampare.

Porque ni voz le espante o sol le ciegue,
mas que vea cuán poco le contenta, 290
y que se entregue a sí y en él se entregue.

El pródigo, ya puesto en tanta afrenta,
y Lázaro también serán ejemplo
de lo que el pobre a vuestra puerta intenta.

Adviertan los que viven en el templo 295
de diezmos y sudor de gente pobre,
que a mí primero en esto me contemplo:

que el pobre pide lo que al rico sobre,
las migajas, las sobras agradece,
no el oro que os adorna, sino el cobre. 300

Cuando san Juan de Judas encarece
que era ladrón la noche como el día,
con ser nombre que tanto se aborrece,

dice que los dineros escondía
por mayor abundancia del pecado, 305
y que en ocultas bolsas los tenía.

Volviendo, finalmente, al humanado
divino Verbo, con que fin pondremos
a los tres Evangelios que he tratado,

digo que en él considerar debemos 310
el hecho de Eliseo soberano,
como en el cuarto de los *Reyes* vemos.

Pues que para cifrar su cuerpo anciano
al de un pequeño niño, donde estuvo
boca con boca y mano sobre mano, 315

cerró tras sí la puerta y se detuvo
la mujer sunamitide, entre tanto
que el niño muerto vida y calor tuvo.

Porque aqueste misterio sacrosanto
no da lugar a la razón humana, 320
ni el discurso del hombre alcanza tanto.

Admirando la gracia soberana,
y el sacramento de este insigne día,
con que a ser hombre el mismo Dios se allana,

san Cipriano, y con razón, decía 325
que se hallaba razón a cualquier cosa
en toda la sutil filosofía.

De Aristóteles es dificultosa,
o de Platón la inteligencia cierta,
pero viénese a dar razón forzosa, 330

pero en la majestad de Dios cubierta
de humanidad, la fe nos satisface:
Eliseo es la fe, cierre la puerta.

Para nosotros es, por todos nace,
como la Iglesia canta en aquel himno 335
que al sacramento del altar se hace.

Ahora, pues, a nuestro Rey Divino
glorifiquemos, pues a ser humano
del ser eterno de su Padre vino.

Al pesebre llegad, pueblo cristiano, 340
y al volver imitad a los pastores,
pues el Evangelista soberano

dice que vuelven dándole mil loores.
 Glorificad a Dios y en la memoria
 agradeced alegres sus favores, 345
 para que os dé aquí gracia y después gloria.

[148]

RESPUESTA AL SEÑOR DON SANCHO
 DE ÁVILA, OBISPO DE JAÉN,
 HABIÉNDOLE ENVIADO SU LIBRO
DE LA VENERACIÓN DE LAS RELIQUIAS

Pastor, que por los montes andaluces
 estampáis las crucíferas abarcas,
 evangélica imagen de sus luces,

cuyo ganado de lucidas marcas,
 que lleváis por Segores y Beteles, 5
 no envidia los antiguos patriarcas;

pastor a quien se humillan los laureles,
 cuando de los jirones del pellico
 en estrellas convierte los roeles,

así el cayado más precioso y rico 10
 reciba honor de vos, que estéis atento,
 mientras la ruda mano al plectro aplico.

Bien sé que culpará mi atrevimiento
 quien viere que del golfo en que me embarco
 sois mar de celestial merecimiento. 15

Pero ya que en las cuerdas pongo el arco,
 en vuestra pura luz pasando espero
 seguro atar al pie del monte el barco.

Abrió, Sancho ilustrísimo, el primero
sello de aquel eterno libro santo 20
el puro, digno y cándido Cordero.

Y dando fin al comenzado canto,
vio los caballos Juan, cuyo distinto
color y efecto dio a la tierra espanto.

Mas, luego que rompió del sello quinto 25
los fuertes lazos, vio el altar sangriento,
de reliquias santísimas precinto.

Y luego oyó con doloroso acento
la venganza pedir de los tiranos
desde el mismo sagrado pavimento. 30

Mas cubriendo sus cuerpos soberanos
de estolas blancas suspendió sus voces,
lo que imitaron vuestras santas manos.

No sólo a los que ya por los atroces
tormentos fueron al descanso eterno 35
en el rigor de bárbaros feroces,

mas a cuantos siguieron de aquel tierno
Cordero puro las divinas plantas
desde este valle al monte sempiterno,

de estolas adornáis las almas santas, 40
los santos cuerpos de inmortal memoria,
exequias ricas de reliquias tantas.

Que con esta divina y sacra historia
será el honor de sus sagrados huesos
accidental aumento de su gloria. 45

Ya quedarán en la del mundo impresos,
usando vos el más piadoso oficio
con brazos a sus honras indefesos.

El fúnebre paterno sacrificio
honró de aqueste claro nombre a Eneas, 50
y fue de su piedad heroico indicio,

porque la Antigüedad en las leteas
orillas, de los cuerpos insepultos
puso las armas entre sombras feas.

Los bronzes, jaspes, mármoles y bultos, 55
mausoleos, sarcófagos y piras
aún duran hoy entre divinos cultos.

¡Oh tú, que del Egipto, en Menfis, miras
los bárbaros pirámides al cielo,
y de que formen sombra al sol te admiras, 60

no peregrines el desierto suelo!,
vuelve los ojos al pastor de España,
que más se cifra en su piadoso celo.

Verás con justa y prodigiosa hazaña
mayores honras a cenizas frías, 65
si bien fenicio resplandor las baña,

y continuada por tan largos días,
que en buscar los difuntos encubiertos
darás la gloria al español Tobías,

que si él, piadoso entre peligros ciertos, 70
daba en la tierra extraña sepultura,
si hay tierra extraña para cuerpos muertos,

vos se la dais en oro, en plata pura,
y en los diamantes de la eterna fama,
veneración más alta y más segura. 75

Cuando de la común última cama
se levanten los cuerpos animados
de aquel metal que al premio eterno llama,

¿cuántos nobles espíritus sagrados
vendrán a vuestras urnas a vestirse
de los fragmentos que tenéis honrados? 80

Y si mientras que tardan en unirse
tantos ángeles tienen en el suelo,
que un Cielo fabricáis puede decirse,

que pues debajo de aquel blanco velo 85
asiste Dios entre ángeles y santos,
acá tenéis lo mismo que en el Cielo.

¿Qué dulce abeja de diversos mantos,
con que se visten las hibleas flores,
compuso nidos a pimpollos tantos? 90

Si de apóstoles, vírgenes, doctores,
la pura vista a sus reliquias pasa,
y de aquellos atletas vencedores,

que el fuego adora y el tirano abrasa,
¿qué virgen, qué pontífice, qué atleta, 95
no mira desde el Cielo vuestra casa?

Mas Cielo es ya y esfera tan perfeta,
que sus divinos cuerpos celestiales
envidia causan al mayor planeta.

Porque de ella salieran más iguales 100
los rayos de la luz del claro Apolo
que de los rojos cercos orientales.

¿Quién tuvo ni tendrá de polo a polo
tan gran tesoro, ni decir podría
que halló tan ricas margaritas solo? 105

Si a César le dijeron que tenía,
viéndole el mundo en las romanas palmas,
con Júpiter partida monarquía,

no ya con él por sus gloriosas palmas,
sino con vos partió su imperio el Cielo, 110
pues vos tenéis los cuerpos y él las almas.

Tanta parte del Cielo en poco suelo
¿quién sino vos la tiene?, pues lo fuera
si el Rey a su deidad corriera el velo.

La mesa que habéis puesto, ¿quién pudiera 115
ponerla como vos?, pues no es exceso
decir que Dios lo mismo que dais diera.

En medio le tenéis de amores preso,
porque de tales cuerpos le hacéis plato,
que puede un ángel esperar un hueso. 120

No os espantéis si vuestra humildad trato
con estas energías, pues mitiga
el verso en sus licencias el recato.

Pastor sagrado, al hombre docto obliga
que añada un libro nuevo a los que tiene 125
el propio honor con inmortal fatiga.

Dos estudios tenéis, luego conviene
que al de libros dejéis un libro nuevo,
que es este que hoy a ennoblecerlos viene.

En él de cuerpos santos, si me atrevo, 130
diré que dejaréis un cuerpo santo,
cuyo título agora callar debo.

El cuerpo escrito cause al mundo espanto,
el otro, gloria: al fin dos cuerpos queden
de libros en que a Dios se alabe tanto. 135

Pero sospecho que deciros pueden
que os labrasteis a vos casa y memoria,
que ya los demás cuerpos os conceden.

Fue de Laurencio conocida historia
el dar lugar al huésped que venía, 140
que de español cortés le dio la gloria.

Y pienso que estos cuerpos algún día
harán lugar al huésped en su casa,
y el Cielo aprobará la cortesía.

Mas si mi amor vuestra humildad traspasa, 145
yo sé que va seguro de un cabello
cuando Habacuc por Babilonia pasa.

El Águila que ya séptimo sello
quitar vio al libro, dice que venía 150
después de aquellos siete un ángel bello.

Y que cuando el silencio fenecía
en las trompetas del metal sonoro,
que los polos del mundo estremecía,

mostró en la mano un incensario de oro,
donde el incienso de oraciones puro, 155
que es de los santos el mayor tesoro,

desde el dorado altar subió seguro
al trono de Jehová incircunscrito,
que tiene de zafir y electro el muro.

No menos ya con este libro escrito 160
os considero en las sagradas manos
incienso que procede en infinito.

Subirá de estos cuerpos soberanos
en vivo fuego desatado aroma,
eterna confusión de sus tiranos. 165

Celoso Elías el cuchillo toma;
la pluma vos al culto verdadero
para que el fuego hasta las aguas coma.

¡Qué bien pintáis la sangre del Cordero,
que de santos la tierra venturosa
fertilizó vertiéndola primero! 170

¡Qué bien pintáis los labios de la Esposa!,
¡qué bien las leyes natural y escrita
y la de gracia por su sangre hermosa!

Los castigos y ejemplos a quien quita 175
esta veneración debida al muerto
y vivo, a vos, divino archimandrita.

Las funerales pompas, el concierto
de tres adoraciones diferentes,
para dar a los santos su honor cierto, 180

y cómo él las reliquias inocentes
de Abel la Iglesia comenzó y del modo
que fueron veneradas de las gentes,

de qué manera el animado lodo
de Adán, Enoc, honró su sepultura 185
y aquel estado de la Iglesia todo.

El honor que Abraham dejar procura
al sepulcro de Hebrón, porque adelante
le guarde Isaac, de nuestro bien figura,

y que a Raquel, después de muerta, amante 190
honró Jacob, y que enterrando a Lía
le dio con menos pena honor bastante,

cómo Josef veneración tenía
siendo de los egipcios adorado
y la que a sus hermanos se debía. 195

Y este libro doctísimo acabado
en Job, comienza el de la ley escrita
no menos dulce, y parte del pasado.

Aquí Moisés, a quien el pueblo imita
por tierra y mar, y en asperezas tantas 200
esta piedad santísima ejercita,

de Josef lleva las reliquias santas,
venera las de Aarón y de María,
Aarón, que de Hor honró las verdes plantas.

También las de Moisés, desde aquel día 205
que en la boca de Dios, con dulce beso,
uso piadoso que Israel tenía,

el alma dividió del mortal peso;
de Jesús de Navé y otros varones
el venerable túmulo y suceso. 210

Del santo Samuel las traslaciones,
de los sagrados vates la memoria
venerada por obras y razones;

del hijo de Isaí la inmortal gloria,
con todo aquel paráfrasis divino 215
del salmo cuarto de su sacra historia.

El reconocimiento peregrino
del agua y fuego a las reliquias frías,
y que a cumplirse la promesa vino;

las de él y del profeta Jeremías, 220
que el Arca reservó del Testamento
con todas las demás reliquias pías.

Tras esto el testimonio y fundamento
de los doce Profetas, en que tiene
fin del segundo libro el argumento. 225

¡Qué bien comienza donde Cristo viene
esta veneración en el tercero
libro, que la Evangélica contiene!

El aumento de honor tan verdadero,
y del *Apocalipsi* en profecía 230
un lugar al propósito primero.

Y cómo contradice la herejía
esta veneración con tanta guerra
de su infidelidad, ira y porfía,

que no son sus reliquias polvo y tierra, 235
con los ejemplos de que un muerto vida
vegetativa y animal encierra.

De Simón el cabello y la vertida
sangre, que en viendo al mártir Enero
vive más fresca que en la propia herida. 240

De Diocleciano, a nuestra fe contrario,
León, Maximiano y Constantino
las fieras muertes y el discurso vario,

con la de aquel Apóstata que vino
a confesar, tirando sangre al cielo, 245
que le pudo vencer Cristo divino.

De mil reyes de España el santo celo,
de Francia y de otros reinos diferentes,
con los que rigen el romano suelo.

Los santos, los autores excelentes, 250
que esta materia dignamente escriben,
las reliquias e iglesias eminentes;

cómo en España veneradas viven
las de Santiago, y su venida cierta,
de los concilios cuánto honor reciben, 255

y cómo cielo y tierra se conierta
en venerarlas, hasta el mismo infierno,
materia que tras sí cerró la puerta.

Y el último capítulo tan tierno
con los dotes de gloria, que levanta 260
la voz más débil a su nombre eterno.

Pues en llegando al cuarto, ¿a quién no espanta
la traza que tuvisteis, pastor santo,
en la reliquia más divina y santa?

En oración, en himno, en prosa, en canto, 265
cualquier página de éstas, que declara
divinamente Sacramento tanto,

ponga la Iglesia y vuestra imagen rara
con el doctor Angélico de Aquino,
pues Ávila no queda menos clara. 270

De lo que referís del Pan divino,
no yo con breve epítome resuma
libro tan celestial y peregrino.

Esta suma, en que Dios su poder suma,
y vos cuanto al humano ingenio toca, 275
cífrela un ángel; dele Dios la pluma,

que parece que Él mismo por la boca
os le infundió con su divina ciencia:
porque toda la ciencia humana es poca.

Tiene tan celestial correspondencia, 280
que con su erudición sólo entrar pueden
piedad y devoción en competencia.

Sus hojas por oráculos nos queden;
no sibilinos ya, pues vemos claro
que en misteriosas letras los exceden, 285

angélicos se llamen y el avaro
imperio de este siglo no se espante
del precio, si le tiene un bien tan raro.

Esta perla, esta unión sin semejante
plumas del Fénix bañe el tiempo en oro, 290
y en láminas preciosas de diamante.

Traslade a eternos siglos su tesoro,
y otros siete milagros como el mundo
la Iglesia tenga con mayor decoro.

Si es Gregorio el primero y el segundo 295
Ambrosio, el gran Jerónimo el tercero,
cuarto el ingenio de Agustín profundo,

Tomás el quinto espléndido lucero,
Buenaventura el sexto, ver cumplido
el número de siete en vos espero. 300

Pero si ya, pastor esclarecido,
os cansan estos versos, aunque a ratos
el arco aflojan que se rompe asido,

largos los juzgaréis, pero no ingratos;
sólo os diré que en Alemania dieron 305
a Arias Montano un libro de retratos,

y que los celebrase le pidieron,
en epigramas cándidos y tersos,
tan eruditos como siempre fueron.

Montano comenzó y entre diversos 310
rostros hallando al vivo su retrato
pasole en blanco y prosiguió los versos.

Pero viendo los dueños su recato,
todos le celebraron, pensamiento
que porque le entendéis no le dilato. 315

Los santos celebráis, lo que yo siento
de ver en blanco agora quien lo es tanto;
ellos lo tomarán por argumento,
aunque tan poco va de Sancho a santo.